Deslenguada. Desbordes de una proletaria del lenguaje

==

Saltó con su lengua afilada a trozar el mundo
que le había sido asignado

Tengo la certeza de que me siento inclinada al mal, pensaba Juana. ¿qué sería si no aquella sensación de fuerza contenida, pronta a reventar con violencia, aquella sed de emplearla a ojos cerrados, entera, con la seguridad irreflexiva de una fiera? ¿No era acaso sólo en el mal donde alguien podía respirar sin miedo, aceptando el aire y los pulmones? Ni el placer me daría tanto placer como el mal, pensaba sorprendida. Sentía dentro de sí un animal perfecto, lleno de inconsecuencias, de egoísmo y vitalidad.
[.. .]

Sí, sentía dentro de sí un animal perfecto. Le repugnaba la idea de dejar suelto aquel animal algún día. Por miedo tal vez a la falta de estética. O por miedo de alguna revelación... No, no —se repetía a sí misma— es preciso no tener miedo de crear. En el fondo posiblemente el animal le repugnaba porque todavía había en ella el deseo de agradar y de ser amada por alguien poderoso como la tía muerta. Para después, sin embargo pisotearla, repudiarla sin contemplaciones. Porque la mejor frase, e incluso la primera era: la bondad me da ganas de vomitar.

Clarice Lispector
Cerca del corazón salvaje

//

Decidida a inscribir los movimientos salvajes de la vida en una letra sin concesiones, el animal despereza en la negritud de la sangre. Obrera de las artes heréticas, la escritura no busca la dulzura ni la obediente aprobación de las hermanas. Ardua, en mi lengua bullen los vestigios de las palabras mordaces. Las reglas pudorosas del mundo me señalan el adecuado manejo de mi subordinación silente. Pero la resaca de la serpiente que reboza en la membrana sublingual, es campo inaudito de la creación. Ensoñaciones pestilentes auscultan el lado nocturno de la voluntad. Áspera, la existencia de la deslenguada es una cruda figuración de la insolencia proletaria. El viraje político que se monta en el cuerpo arroja bocanadas de lenguaje en perpetua gestación. La astucia es su estación más provechosa. El influjo maléfico humecta el terror a la uniformidad, propia y ajena. La proletaria del lenguaje deserta de ser transmisora del paradigma del silencio, porque no se trata sólo de la prohibición de expresar o decir, sino también de la capacidad de nombrarse a sí misma. Los ecos del vientre de las ovejas resuenan en el cielo. Frotar la lengua contra la linealidad gramatológica de los nombres, un ambiguo ejercicio erótico que deviene deseo de disrupción poética. Deslenguada no es mi identidad, es una forma mutable de vivir el mundo contra etiquetas y frases cementadas. Tan opaca, tan puerca y serena. Un lugar de tránsito indispensable. Es una mal criada de las huestes plebeyas. Desiste de hablar y escribir como se debe. Desiste de pensar como se debe. Su acto de vida es un pasaje imaginario, yo-ella, empeñado con afán en erguirse contra la fatiga

del aire que le arrebata el canto de los grillos. Leer y ser leída a/por las hermanas de lengua estaqueada, en las que el dolor enerva todo su ser. La fiera muerde con crueldad adormecida. Una pastosa conciencia de las nuevas formas de sujeción envaina los vapores que se desprenden de su respiración sulfurosa. Luce harapienta, hacinada por las pulsiones ingobernables, suspendida en el hilo de la cordura.

Una lengua de obra, que ocupa el hiato entre lo nombrable y lo innominable. Hace de la mudez una tecnología de producción. El hedor implacable devana las grafías sin escándalo. Inventa palabras con las hilachas del silencio espeso de la incerteza, el miedo y la violencia. Crea intervalos en la progresión semántica hasta la ruptura de la unidad monolítica del sentido.

/

Cuando las lenguas se diversificaron, a fines de la edad de oro, las civilizaciones de las madres transformaron la lengua original en múltiples lenguas. Estas lenguas tuvieron la particularidad de poseer sentidos de desdoblamiento múltiple, una especie de galería de espejos. Eran lenguas completamente adaptadas a las madres, que vivían en representación permanente. Las lenguas también entraron en ritual, hechiceras, sagradas, evocadoras, obsesivas y tiránicas.

Se conoce muy mal la lengua original «de las letras y de las cifras», a la cual las antiguas amazonas permanecieron fieles. Debió de ser sin duda una lengua bastante más simple y bastante más complicada a la vez que las conocidas posteriormente. La leyenda dice que la vieja lengua era capaz de crear la vida o por el contrario «herir» de muerte. La leyenda dice que la vieja lengua podía desplazar montañas o piedras enormes (las piedras que se levantan en cualquier parte del mundo), la leyenda dice que la vieja lengua podía desencadenar tempestades sobre el mar o apaciguarlas. No se sabe más de aquellas «letras y cifras». Los significados y los fonemas tenían sin duda una relación diferente entre ellos. No es posible imaginar que esta lengua estuviera compuesta de «frases» con una construcción y una sintaxis rígidas, rigurosas, represivas, como las que nosotros conocemos. No se sabe bien qué rol jugaba el sonido. La leyenda ha sido narrada por las madres, las grandes madres que deformaron la lengua original y, viendo lo que habían hecho, se sintieron llenas de nostalgia por el pasado.

Monique Wittig y Sande Zeig
Borrador para un diccionario de las amantes

//

La lengua es el órgano genital de la escritura proletaria. Aprendí a pensar con la lengua. El porno-ojo de dios concentra adiposidades en las geografías cautivas de la carne. El desmembramiento del cuerpo instituido acontece en el léxico de la máquina-dragona. Su fuego comulga con la mosca de vísceras pútridas. La tipografía humectante del agua agargantada resiste la voz seca del límite. La proletaria es pagana, en persecución constante del rito de frontera. Una larva enraiza en su líquido espeso. Marca identitaria provisoria, acentúa la urgencia convulsiva. Bucea bajo su costra para testear las prohibiciones culturales. El aroma estival se estrecha en sorbos de ocio embalsamado. La anatomía de su lengua afirma el carácter incierto de la vida. Asiento principal de la deglución del mundo, su musculatura trabaja, ágil y sagaz, en la diseminación de la unidad. No hay pureza ni monolingüismo en el ejercicio de la fabulación deslenguada. La agudeza de sus papilas capturan las contaminaciones de las felonías hermanas. Una multiplicidad de micromundos revela una estética de la insatisfacción, que hace de la carencia un resto altamente provechoso. La lengua es mi medio de producción, una lengua fronteriza que se resiste a permanecer callada y obsecuente. Terca en la ocasión, su pie ligero elude el juicio amargo de lo puro. En los pliegues de su textura rugosa

acecha el deseo, las excrecencias de un erotismo desembozado y amazónico. No hay punto fijo o neurálgico que reclame esta saeta. Vacila y jalona su estela con mordiscos de pena. Una población de certezas tiembla cuando cae en el abismo de su micosis. El origen es un mito que la proletaria del lenguaje se esforzará en hacer fracasar.

Si la superioridad administra el derecho sobre los cuerpos y la tierra, la lengua de la proletaria se desborda en busca de los orillamientos, del descontrol.

/

El estudio del silencio me ha mantenido absorta durante mucho tiempo. La matriz del trabajo de quien es poeta consiste no sólo en lo que existe para absorberlo y trabajarlo, sino también en lo que ha desaparecido, se ha vuelto innombrable y por tanto, impensable. Es a través de esos agujeros invisibles en la realidad por lo que la poesía se abre camino —desde luego esto es así para las mujeres y otros sujetos marginales y desposeídos de poder y generalmente para los pueblos colonizados, pero últimamente para todos los que practican cualquier arte en sus niveles más profundos. El impulso de crear empieza —con frecuencia de manera terrible y pavorosa— en un túnel de silencio. Cada poema real es la ruptura de un silencio que existe, y la primera pregunta que le podríamos hacer a un poema es ¿Qué tipo de voz está rompiendo el silencio, y qué tipo de silencio se está rompiendo?

Adrienne Rich
Artes de lo posible

//

Una lengua de obra, que ocupa el hiato entre lo nombrable y lo innominable. Hace de la mudez una tecnología de producción. El hedor implacable devana las grafías sin escándalo. Inventa palabras con las hilachas del silencio espeso de la incerteza, el miedo y la violencia. Crea intervalos en la progresión semántica hasta la ruptura de la unidad monolítica del sentido. Bajo las uñas aguardan los besos que se hundirán en el pecho de la barbarie. Su fonética inédita lesiona las estructuras epidérmicas de la lengua para tajear el cuerpo del texto y erogar los nombres del estremecimiento capturados por la maquinaria de la censura. La lengua de la disidencia respira por los poros del enemigo. Su disturbio somático hace estallar todo pacto de control. El poema que abreva en el reflujo de un silencio desenquistado se disuelve en la genética de la proletaria. La deslenguada acuña injertos de heteroglosia y los sintetiza en formatos irreverentes. Se aturde al tantear. Tambalea y se ofusca, pero no quiere tener la terrible limitación de quien vive apenas porque se lo autorizan. El arqueo de las fantasías detona con su escepticismo burlesco. Comulga con la comunidad felina que hace de la caída un artificio de belleza. Practica el mentalismo de la mariposa. La ruptura es un oficio de riesgo.

Lejos de una no-traducibilidad radical de la condición de subordinación, la crítica post-colonial reclama el estatuto fronterizo de todo lenguaje: no hay lenguaje que no sea producto de la traducción, de la contaminación, del tráfico. Si el saber dominante se caracteriza por una pretensión de monolingüismo, entonces, los saberes situados son heteroglosias (Derrida, 1996). El saber_vampiro es una tecnología de traducción entre y a través de una multiplicidad de lenguas que se levantan contra la sobrecodificación de todas las lenguas en un lenguaje único.

Beatriz Preciado
Saberes vampiros

//

La palabra es el destino de quien rehúsa el cautiverio. La atmósfera secular resucita los estados inanimados. Lengua cyborg. De aquí, de allá, del inter, del entre. Ingiere la ineludible inquietud con el espinel que cuelga de su prepucio. Su mecanismo de trabajo es anti-universal. Vive en la postrada, en la mujer biónica, en la boca que ensaya el turbio eco de una multitud de espejos. Su magma cartilaginoso desconoce la autoridad de los signos embalsamados por el poder. El flujo del agua simplifica la masticación de las claves. Un ejercicio de vida gravita en retener lo menos capturable. La deslenguada rompe con el hábito de la tranquilidad que trae la representación. Los ventrílocuos de sus políticas fuerzan la destitución de las voces, las envían a la mudez mediante el código del distanciamiento. Representación es boca ausente. La pronunciación correcta construye vidas de talla pedestre. Disputas de lenguas se esgrimen lejos y adentro, en lonjas de tierra fertilizadas por la lealtad. La escritura deslenguada empuña una destreza nómade, vagando en las fronteras de lo periférico y lo hegemónico, entre lo masculino y lo femenino, entre lo hetero y lo homo. Generosa y suspicaz, espolvoreada con cenizas de lo orgánico, lo técnico, lo mítico, lo textual, lo político, la lengua de la proletaria vulvea alteridad situada. Todo glosario es transitorio y anida sus propias rupturas en los intersticios de lo indecible. En el ilimitado campo de la entrelínea se abren brotes arropados de no-palabra. Porque siempre hay más, hay otro, hay otra, hay fractura, hay vena inflamada de perplejidad. El saber localizado, amanecido en la almohada de la tragedia y la blasfemia, surge del tráfico de cuerpos hablados y desdecidos en la carne. Vivir trepando la muerte inocula a la proletaria contra la ley del Estado.

Si los bastardos son monstruos,
son también abismos de ternura.

Violette Leduc
La bastarda

//

Lengua deforme, de color travieso, de gesto impertinente. La intimidad de la proletaria es pública manifestación de la memoria dérmica. Se acurruca en la entrepierna y ensaya la segregación para distraer la hora de la conquista. La monstruosidad es una dotación vertiginosa de desprecios que inventa sus identidades. El espíritu indomable magnetiza las voces que rebasan la custodia. La vida transmundana abre las esclusas del estremecimiento. Desenvaina su condición bastarda como puñal de pertenencia a lo indeseable. Cuando el aleteo del sol arrecia entre las sábanas, escapa de la tradición del mesianismo y se embriaga de una antigua sed de rincones. Sola, se atreve al éxtasis de la repugnancia y de la invisibilidad. Esquiva las técnicas del pulido que la vuelven agradable y condescendiente. La caricia de la deslenguada talla su compromiso con el desapego. Las formas maleables y vaporosas se agitan en escurridizos escenarios sanguíneos. Si la superioridad administra el derecho sobre los cuerpos y la tierra, la lengua de la proletaria se desborda en busca de los orillamientos, del descontrol. Su turbación le exprime el cuerpo y pinta el horror con los pezones anudados a un sinfín de secretos. Trepa sin ruido los escalones imaginarios. Las desviaciones ilustran su geografía del daño y dibujan el uso crítico de lo siniestro.

Articular es significar. Es unir cosas espeluznantes, cosas arriesgadas, cosas contingentes. Quiero vivir en un mundo articulado. Articulamos, luego existimos.

Donna Haraway
La promesa de los monstruos

//

Lengua de improperios y de dulzura inusitada. De mudez y de habla desbocada. Su estirpe es la afinidad, la ligazón esporádica. Lengua-medusa que crece como la hiedra perforando las paredes del tiempo. Sus filamentos exploran la borrasca y se alimenta de signos de procedencia diversa y heterogénea. En sus contracciones, emanan nuevos itinerarios de saberes, organizaciones deambulantes de vida. La proletaria se mueve en las sombras con su ojo infrarrojo y su lengua desfondada. Ojo ciego de idiomas pasados. Entiende de espectros y de espíritus, del frenesí de las memorias sepulcrales. Transita, a su vez, las texturas de la luz, lo visible, crea objetos y ondula situaciones de baraja furtiva. Palpita contrastes inesperados al jugar con su órbita de colores. A contraluz ejerce su cualidad nutricia. Urdimbres insospechadas de sentido se generan en el campo del asombro y la promiscuidad sensorial de lo viviente. La deslenguada manufactura en sus mucosas una percepción inaudita, una sensibilidad de desborde. Su tegumento, plagado de estrías, secreta dosis de ácido que evitan la calcificación de las articulaciones. Toda trama se hace y deshace para quien ejecuta la destrucción como escritura del cuerpo. En su médula, el miedo no sofoca a las palabras que se arrancan la piel y se amarran, invisibles y sutiles, a una voluntad punzante. Lengua cíclope que sazona los torrentes de libertinas huidizas. Atraviesa la consistencia del límite y ensaya confianza en cada exhalación.

*La gente estira la mano para demostrar que sabe mejor que nosotr*s mism*s cuál es la verdad sobre nosotr*s. Nos despojan de nuestra ropa, nuestras palabras, nuestra piel, nuestra carne, hasta que no somos más que una pila de huesos de carnicería, y luego señalan y dicen que eso es lo que somos.*

Minnie Bruce Pratt
Desnudado

//

El apetito de perturbación se encriptó en mi/su/tu carne. El dolor no es fábula para la deslenguada. La costumbre de situar en un pedazo del cuerpo el sentido de lo humano estalla en mis/sus/tus ojos. Se corta y extrae la eficacia de un órgano. La animalidad se despedaza en pulcra incisión. El sexo hace carne legible y construye privilegios a fuerza de faenas invisibles. Se producen alimentos para la máquina del género y el hambre de la norma no se basta con palabras. Se descuartiza con mano aséptica y la sangre cuaja en los imperativos del orden. Hay gritos apretados en el borde de una garganta. El goce languidece en rituales de fémina subordinada. Para nutrir el pánico se necesita carne magra y seca. El asco es una medida de distancia, denuncia la proletaria. Se crece masticando el mito epidérmico del contagio. Normal es un acto de dominio. La lengua proletaria traduce el estigma. El aire es hetero, por eso asfixia. De clase audaz y defectuosa, yo-ella-tu muda el ojo por la lengua prensil. El frotamiento vulvar secreta el afanoso idioma de la combustión, inigualable liturgia para el diluvio nocturno que atenta contra el gobierno del miedo. Disentir en el corte es firmar un contrato incendiario con el poder de afectación. La fruición activa el desacato erótico del cuerpo político. Enfundada en una identidad de carne, la deslenguada experimenta el espesor de la vida.

Cuando volvemos la espalda a la ira, también se la volvemos al conocimiento, pues con esa actitud estamos diciendo que sólo vamos a aceptar las ideas ya conocidas, las ideas cómodas y mortíferamente familiares.

Audre Lorde
La hermana, la extranjera

//

La deslenguada emerge del padecimiento. Encarna un compendio de heridas administradas por la insubordinación. Las vesículas inflamadas amenazan la cadencia de la esclava. La proletaria creció observando que la crueldad se disputa gran parte de nuestras vidas y nos sumerge en la desventura del amoldamiento más penoso. Escoge los coágulos y los introduce en su máquina de pensar. La comprensión acontece a quejidos, en las tramas nocturnas del entendimiento. Desgreñada, troca la respiración irritada en un gesto de perturbación política. Conjura los arrebatos de la furia en pensamiento indigesto. La desvergüenza implora por apedrear el sopor enmohecido. La lengua infesta de emoción encarnizada no ambiciona la frialdad de la razón inmune, la que descarta todo vestigio rabioso e iracundo para enviarlo al mundo de la ignorancia. Esa es una treta de la supremacía de la ley. En su contra, la proletaria practica la lengua de la vindicación sin venia alguna. A medida que la rabia asciende, gorgotea palabras y frases imponderables para la diplomacia urbana.

Babel-17: ella ya lo había sentido antes con otros lenguajes, esa apertura, ese ensanchamiento, su mente forzada repentinamente al crecimiento. Pero esto, esto era como si de repente una lente desenfocada durante años hubiera ajustado el foco.

(pensamiento de la poeta Rydra Wong)
Samuel R. Delany, Babel 17

//

La proletaria se alfabetiza en lenguajes ignotos. Su repertorio de voces es una amalgama encendida de posturas imbricadas y pasajes inverosímiles. En su lengua fermenta la multiplicidad, se dilata el ímpetu de asombro y la condición de intrusa. La novedad acontece. Explora las menudencias de los alfabetos para desmontarlos. Reconstruye en sus pliegues un territorio en el que no hay símbolos inocentes. Tarea de desciframiento que implementa una laboriosa agudeza visceral contra la tiranía. Sabe de su poder y señala con rigor burlesco los modos de esa lengua que se postula como buena y decente, desarropando su deseo de dominación. Exhuma las pretensiones de objetividad, sin caer ella misma en el juego del cuerpo invisible. Su pericia en descorrer los paños que oscurecen la imagen deviene de su experiencia lúdica, de palabras a la deriva, de un pensamiento táctil. Los lenguajes otorgan existencia con la misma pasión que constriñen las formas de habitar el mundo. La deslenguada encarna un tenaz compromiso con la libertad de las especies.

La costumbre me había silenciado como suele hacerlo la costumbre. Tan habituada a una cosa que no hace falta hablar de ella, tan bien conocida la acción que no hace falta describirla. Pero yo sé que la expresión es libertad, que no es lo mismo que libertad de expresión. No tengo derecho a decir lo que quiero cuando quiero, pero tengo el don de las palabras con el cual bendecirte.

Jeannette Winterson

//

No hay costumbre sacralizada en la lengua proletaria. Invierte su veneno en demoler los cómodos hábitos del lenguaje, lugares de pasmosa quietud. Su torrente lúbrico desorganiza las colecciones de ideas instituidas. Bajo su estandarte insolente horada los tópicos de la armonía. El dispositivo óptico de su lengua rumiante atraviesa la ignominia que todo mandato construye para su erección. Se desliza por el contorno de las palabras hasta encontrar la falla y, allí, desova su caos. Tonificada por los brebajes rústicos de la mordacidad, sale con bizarría a devolver los silencios esponjosos que le fueron atribuidos. Las narrativas de la proletaria remueven todo conformismo lingüístico. Hay un plus de exigencia en el desciframiento de su escritura, porque la herejía punza una sensorialidad múltiple que intoxica sus experiencias. Escribe contra las prohibiciones de las estructuras de la ciencia. Es una lengua excluida del mundo de la racionalidad ortodoxa. El dogma de los administradores de la pureza, le exprimen toda vitalidad a la letra para hacerla dócil y maleable. Acallan los desenfrenos irreductibles de la literatura, sujetando los límites de lo decible. La deslenguada piensa con palabras profanas, las que tienen la forma incisiva de la pregunta por las oclusiones.

Me dijeron: no busques. Nada se te ha perdido.
Y los vi desde lejos
ocultar lo que roban y reír.

Rosario Castellanos

//

No hay novedad en el despojo de este continente expropiado. No hay venganza que repare ni compense la herida. La infamia vino en barco y la tiranía se tiñó de proeza. Millones de bocas fueron saqueadas, lenguas mutiladas y extirpadas con el lenguaje de la civilización. El relieve de América Latina se transformó en esfínter de extracción y explotación desenfrenadas. La potestad del imperio se firmó debajo de montañas de órganos y mucosas putrefactas. Del otro lado de la vida, hay poblaciones de sombras que acechan en el crepúsculo. La manutención de la memoria requiere amputaciones. La letra de la deslenguada no escapa a la historia, la palpa en cada emoción discordante. En la pérdida escoge abandonar el párpado que cae, sediento de luz. El amo trazó los mapas para guiarnos en su relato enmohecido y taxidérmico. No hay morada en la dominación, escribe con las inclemencias de la fiebre. Construye con paciencia de prisionera, su propia topografía de mudanzas apremiantes. En la profundidad del surco, la temperatura asciende porque fluyen los sueños improvisados, los argumentos descartados, las maniobras libertarias fallidas de las esclavas. La pobreza es una intensa y minuciosa ficción asignada a la proletaria, que saborea el pellejo de esta tierra. Las técnicas del ojo occidental ocultan las violentas maniobras del engaño. Se aprisiona al mundo en un catálogo de seguridades. Pero hay erupciones en la lengua del trueno. Esparce sátiras nocturnas que inundan de euforia a las que quedan, a las que arrastran su olor de sobrevivientes.

El sujeto del saber situado es un vampiro. Es necesario morder o ser mordido para saber. Ser testigo de su propia mutación. Tomar el riesgo de la alquimia. El terreno de la epistemología fragmenta para abrir un espacio ético-político: «ser testigo», para Haraway, depende de la relación constitutiva entre «testar» y «atestiguar» (Haraway, 2000, 161). «Ser testigo es ver, atestiguar, volverse públicamente responsable de, y físicamente vulnerable a sus propias visiones y representaciones» (Haraway, 2000, 155). Ver siempre con otro pero jamás en su lugar. El vampiro, el Testigo_Modesto, más que un sujeto en el sentido político o metafísico del término es una manada, una banda, una multiplicidad, un proceso de mutación: «el vampiro contamina los linajes durante la noche nupcial... efectúa transformaciones de las categorías a través de un pasaje ilegítimo de sustancias... infecta el cosmos, la comunidad orgánica cerrada» (Haraway, 2000, 150). El vampiro es trans. De ahí este extraño imperativo: o bien acabar la política, o bien, hacer política como un vampiro.

Beatriz Preciado
Saberes vampiros

//

Piensa con lascivia en el lóbulo de la hermana. Jadea y lo chupa hasta la eclosión. El rastro se expande a borbotones. La proletaria no muerde, porque sus dientes han sido confiscados por el reparto injusto que moviliza el mundo. Pero succiona, aspira, lame. Presiente que su lengua la provee de tácticas insospechadas. Es la prótesis de su conocimiento. Piensa en lenguas, su lengua la piensa. Los registros disímiles se agolpan, sin maniobra jerárquica, en sus conectores semióticos. Hay fricción en el aire, pero el aquí-ahora es el vórtice que articula su cartografía narrativa. La deslenguada se alimenta de los cánones periféricos y subalternos, se contagia de los virus y las pesadillas de las deformes. Su proyecto de escritura anti-esclerótica materializa su política hematófaga. En la combustión de la sangre y la saliva, la carnificación de la palabra se desdomestica. Todo parámetro de medida indica inmunidad para el ojo-control. La proletaria del lenguaje se relata a sí misma como una monstruosidad indisociable de las formas contemporáneas de la docilidad. Contraviene la dominancia de la genitalización de su identidad. Sacude sus garantías. Los implantes de afinidad hacen de su lengua un artefacto de producción de modos de lo vivible. Su vampirismo tensiona y socava los límites imaginarios de las historias petrificadas.

Lo que en ella se había elevado no era el valor, ella era sustancia sólo, menos que humana, ¿cómo podría ser héroe y desear vencer las cosas? No era mujer, existía y lo que había dentro de ella eran movimientos alzándose siempre en transición. Tal vez hubiera alguna vez modificado con su fuerza salvaje el aire a su alrededor y nadie lo notaría nunca, tal vez hubiera inventado con su respiración una nueva materia y no lo sabía, sólo sentía lo que jamás su pequeña cabeza de mujer podría comprender. Tropel de cálidos pensamientos brotaban y se arrastraban por su cuerpo asustado y lo que en ellos valía es que encubrían un impulso vital, lo que en ellos valía es que en el instante mismo de su nacimiento había la sustancia ciega y verdadera creándose, alzándose, destacando como una burbuja de aire en la superficie del agua, casi rompiéndola... Notó que aún no se había dormido, pensó que aún tendría que estallar en fuego abierto. Que terminaría de una vez la larga gestación de la infancia y de su dolorosa inmadurez reventaría su propio ser al fin, al fin libre. No, ningún Dios, quiero estar sola. Y un día vendrá, sí, un día vendrá en mí la capacidad tan roja y afirmativa como clara y suave, un día lo que yo haga será ciegamente, seguramente, inconscientemente, pisando en mí, en mi verdad, tan íntegramente lanzada en lo que haga que seré incapaz de hablar, sobre todo un día vendrá en que todo mi movimiento será creación, nacimiento, quemaré todas las naves que existen dentro de mí, me demostraré a mí misma que nada hay que temer, que todo lo que yo sea será siempre donde haya una mujer con mi principio, alzaré dentro de mí lo que soy un día, a un gesto mío ondas se levantarán poderosas, agua pura sumergiendo la duda, la consciencia, seré fuerte como el alma de un animal y cuando hable serán palabras no pausadas y lentas, no levemente sentidas, no llenas de voluntad de humanidad, no el pasado corroyendo al futuro; lo que yo diga sonará fatal e íntegro, no habrá ningún espacio dentro de mí para que sepa que existe el tiempo, los hombres, las dimensiones, no habrá ningún espacio dentro de mí para notar siquiera que estaré creando instante por instante, no instante por instante: siempre fundido, porque entonces viviré, sólo entonces viviré más que en la infancia, seré brutal y mal hecha como una piedra, seré leve y vaga como lo que se siente y no se entiende, me rebasaré en ondas, ah, Dios, y que todo venga y caiga sobre mí, hasta la incomprensión de mí misma en ciertos momentos blancos porque basta cumplirme y entonces nada impedirá mi camino hacia la muerte-sin-miedo, de cualquier lucha o descanso me levantaré fuerte y bella como un caballo nuevo.

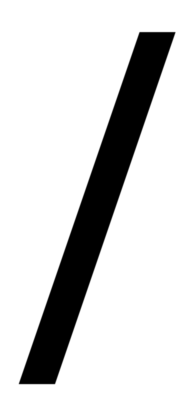
Clarice Lispector
Cerca del corazón salvaje

//

La lengua ígnea se lame a sí misma y enciende toda extremidad de su cuerpo, desplie-ga un goce inigualable. La proletaria es aguerrida en su deseo de inmanencia, arder es su oficio. Vive en la diáspora de las palabras, buscando el polen de su sexo múltiple.

Sus animales abultan la piel mientras corren, airados, a inspeccionar las constricciones del movimiento vital. Es diestra para las incisiones en el cuerpo de la escritura, las que drenan los silencios acopiados. Cirujana en letras, la operación placentera encabalga las direcciones del pensar no-complaciente hacia las zonas inhóspitas de su comunidad de hermanas. La deslenguada conoce el destierro por jugar a desmantelar lo sagrado y por inventar adivinanzas de respuesta impronunciable. Reúne las sanciones para trenzarse un collar de díscola. Más que amuleto o estigma, semblanza de lengua ingobernable. Sus pasos prefieren el suelo volátil del desierto. Puntada a puntada perfora la palabra postiza que calla el exceso. Con su lengua alcanza mi/tu/su clítoris anémico, criadero de habla carroñera. El disturbio incendia las zonas aledañas y el crepitar del legado inmaculado aturde la noche.

La tipografía humectante del agua agargantada resiste la voz seca del límite



ella se desnuda en el paraíso
de su memoria
ella desconoce el feroz destino
de sus visiones
ella tiene miedo de no saber nombrar
lo que no existe

Alejandra Pizarnik
Árbol de Diana

//

La voluntad de saber se abre, desencajada, en la lengua de la proletaria. La inquietud por nombrar subvierte su tenue descanso. Llega a los lugares del silencio para averiguar la rugosidad del lenguaje. Y va más allá, con haces de ojos difractarios, donde las palabras se desintegran porque no dicen. No le intimida esta empresa, inaugura un poder que se resiste a esperar la autorización del mundo. Con rigor de anatomista, tamiza sus letras hasta cuajar el reverso sojuzgado por los dosificadores de la razón. No descarta el fracaso ni se apacigua porque reverbera en su ánimo el estilete pendenciero. Empecinada en desmarcarse de un sueño privado, juega a permutar los parlamentos del molde único. Sus maniobras inconformistas se emparentan con un alerta poético ante el miedo. El acorralamiento para implantar el orden funda cualquier institución. Ahí, en el órgano de control, emerge la lengua proletaria, como una muesca que acusa su descomposición incesante y difamatoria. Sus incursiones en la intensidad del desierto templaron su estirpe temeraria. Revestida de la aspereza climática, soporta las adversidades de la excitación.

La teoría produce efectos que cambian a la gente y la manera en que ésta percibe el mundo. De esta forma, necesitamos teorías que nos permitan interpretar lo que sucede en el mundo, que expliquen cómo y por qué nos relacionamos con cierta gente de maneras concretas, que reflejen lo que sucede entre los «yoes» internos, externos y periféricos de una persona y entre el «yo» personal y el «nosotros» colectivo de nuestras comunidades étnicas. Necesitamos teorías que reescriban la historia utilizando la raza, la clase, el género y lo étnico como categorías de análisis, teorías que atraviesen fronteras que diluyan límites... Necesitamos teorías que señalen maneras de maniobrar entre nuestras experiencias particulares y la necesidad de formar nuestras propias categorías y patrones teóricos en los modelos que descubramos... Y necesitamos hallar aplicaciones prácticas para esas teorías... Necesitamos desechar la idea de que existe una forma «correcta» de hacer teoría.

Gloria Anzaldúa
Haciendo caras

//

La praxis de la deslenguada es extática, fuera del ímpetu del ojo abrasador del conquistador. La teoría es corporal, sus emociones discrepan del romanticismo faenado por la servidumbre. Su deseo epistémico no es el triunfo ni la revelación ni el descubrimiento. La espalda duele, la garganta se bloquea, el estómago azuza el ácido hasta infligir su herida. Aprender es un llanto interno. Insiste en la reescritura como descalce de los paisajes imaginarios construidos por la óptica imperialista y cristiana. La destrucción es una práctica de ganancia para la proletaria, su/mi técnica no requiere más sofisticación que el compromiso efervescente de hacer del mundo un lugar vivible para toda especie. Ensaya la hechicería y experimenta con el legado de las brujas. Hace teoría en lengua. Las operaciones mágicas y los procedimientos científicos componen su práctica semiótica, híbrida y oblicua, pasional y beligerante. Extrae su voluntad de poder de las yuxtaposiciones temporales del sufrimiento, de la profunda ironía arquitectónica de los placeres y de la algarabía de los bailes paganos. La proletaria del lenguaje produce mundo desde la intersección yo-ellas. Anuda posibilidades, desarma lo imposible, afila las modestas herramientas quirúrgicas de las habitantes marginales del fálico epicentro del saber. Cada límite que depone, astilla su pensamiento. Descree de la condición de vanguardia. Siente que el camino de regreso no es el mismo, entonces otra parte será su próximo lugar.

Tremola el aire
sonoro en las bocas, escenario
del más opaco dialecto.

Macky Corbalán
Como mil flores

//

En la lengua de la proletaria hay paisajes de un agreste carnoso, azotado por vientos mordaces. Las mutilaciones distorsionan su sensibilidad y nuevos tópicos florecen en su mecanismo triturante. La fantasía multiplica los sitios del cuerpo. Los escondites se desplazan y sus ecos tuercen el habla habitual. La conmoción escinde el ligamento de la coherencia, se descoloca el género y la risa confiesa su veta esquizoide. Se agota la técnica que fosiliza el relato. Las nervaduras opulentas de magia oscura despuntan en el crepúsculo vocal. Todo sistema de sentidos se provee de hablantes obedientes. En la topografía de las bocas normales hay una vasta ley de aplastamiento. Sobre las ruinas de sus expulsiones invisibles, yace la deslenguada, la hija del mal que se inventa una lengua impura para su sobrevivencia poética. Mientras el planeta es desposeído de su condición vital, la aptitud para diagramar lo vivible es comunitaria. La proletaria habita la disyunción. Entre lo sombrío y lo diáfano se inyecta visiones de paria que trastornan la verdad del régimen. Ver de otro modo precisa de palabras flameantes de porosidad festiva.

Otro aspecto de mi trabajo concierne al lenguaje. Porque para un escritor, el lenguaje se presenta como un material muy concreto al que uno se puede agarrar. Pero en su forma social, terminada, el lenguaje es asimismo el primer contrato social, permanente, definitivo. Porque el primer acuerdo entre los seres humanos, lo que hace de ellos seres humanos y seres sociales es el lenguaje. La historia de la Torre de Babel es un perfecto ejemplo de lo que ocurre cuando el acuerdo se disuelve.
Todo el mundo está de acuerdo en decir que hay cierto número de cosas que se deben hacer. Todo el mundo, los científicos y el público en general. Ser un hombre, ser una mujer, casarse, en ese caso tener hijos, criarlos, sobre todo las mujeres. Estas reglas y estas convenciones hacen la vida posible lo mismo que hay que respirar para vivir. De hecho, las convenciones sociales y el lenguaje hacen aparecer con una línea de puntos el cuerpo del contrato social designando así la heterosexualidad. Para mí los dos términos de contrato social y de heterosexualidad son superponibles, son dos nociones que coinciden.
Y vivir en sociedad es vivir en heterosexualidad. [...] La heterosexualidad caía tan por su propio peso que ni siquiera tenía nombre. Era la norma social. Es el contrato social. Es un régimen político. Los juristas no la llamarían una institución o, por decirlo de otro modo, la heterosexualidad en cuanto institución no tiene existencia jurídica. Los antropólogos, los etnólogos, los sociólogos la perciben quizás como una institución, pero una institución de la que no se habla, de la que no se escribe. Porque hay un presupuesto, un estar-ya-ahí, de lo social antes de lo social; la existencia de dos (¿por qué dos?) grupos artificialmente distintos, los hombres y las mujeres. Los «hombres» entran en el orden social como seres ya socializados, las «mujeres» permanecen como seres naturales.

Monique Wittig
A propósito del contrato social

//

Una contra-lengua asoma en la traducción del cuerpo fugitivo. Las grafías mestizas marcan el camino que aún no trazamos. La lengua de la proletaria es ilegal, excede la norma que constriñe los ojos del clítoris. El modelo de culto la quiere para sí, para exprimir sus variaciones y fagocitar sus modulaciones indóciles. Ninguna ambigüedad ni transición serán permitidas. Frente al empuje de la normalización y la sanidad, la deslenguada convulsiona y se trastorna. Extraña, pendenciera y roñosa, rechaza el estatuto de lo inmaculado. El feminismo no es el pan que se reparte bajo el imperativo «vengan todas a mí». En la lengua proletaria el feminismo es la indigestión de ese pan. Su tono no es la estridencia, más que nada la implosión, silenciosa y lacerante, del edificio llamado sociedad, tan cruel y opresivamente heterosexual. Incita a desorganizar el territorio de la escritura, a dispersar la palabra para evitar su sedimento en un estado

indisoluble. Como ficción endemoniada, la proletaria atraviesa a la lesbiana, a lo trans, a lo queer. Ser poseída por su rareza desertifica los labios del sexo-capitalismo. El riesgo de lo que hay que pensar no concluye al empuñar las mismas palabras para invertir su naturalidad. El pacto sucumbe cuando la lengua apátrida asciende por nuestros esfínteres.

Todo glosario es transitorio y anida sus propias rupturas en los intersticios de lo indecible. En el ilimitado campo de la entrelínea se abren brotes arropados de no-palabra. Porque siempre hay más, hay otro, hay otra, hay fractura, hay vena inflamada de perplejidad. El saber localizado, amanecido en la almohada de la tragedia y la blasfemia, surge del tráfico de cuerpos hablados y desdecidos en la carne. Vivir trepando la muerte inocula a la proletaria contra la ley del Estado

/

Es posible que ustedes piensen con repulsión que mi historia sólo trata de estas cosas, y que hay mucho más en la vida, incluso en la vida de un esclavo, que el sexo. Eso es muy cierto. Lo único que puedo decir es que quizá sea en nuestra sexualidad donde más fácilmente caemos en la esclavitud, lo mismo hombres que mujeres. Tal vez es en ella, incluso como personas libres, donde nos resulta más difícil mantener nuestra libertad. En la política de la carne están las raíces del poder.

(Shomeke, nacida esclava en el planeta Werel)
Úrsula K. Le Guin
Cuatro caminos hacia el perdón. La liberación de una mujer.

//

Una filosofía incrustada en el cuerpo salva a la proletaria de la arquitectura de la hostilidad. Las callosidades de su lengua son los rastros de una rigurosa excavación en la injusticia. Aprendí/ó por las madres que la economía de la vagina es costosa. La prole es un servicio al totalitarismo genital. La deslenguada, de flujos ilícitos y olores marítimos, acumula los gestos del oprobio en su archivo biliar. Sabe que la amenaza de infección es un crudo artefacto de impugnación. Somos cuerpos cautivos del pavoroso embate de la ciencia y sus sofisticadas credenciales de violencia. La razón anestesia la órbita carnal. Cualquier rugosidad se extirpa sin consentimiento. La intimidad de la carne memoriza un sufrimiento longevo. El procedimiento de separar se celebra exhibiendo la pira de desechos. En las transacciones del capital, todo órgano es una mercancía más. Los guardianes orgánicos custodian que el mundo permanezca flemático. Se desgarran huesos y músculos para ajustar privilegios. Descomponer el mapa cárnico vital es un acto de vandalismo proletario. Se enmudece el tormento mientras sus glándulas secretan una rabia astillante. Atrevida, decodifica otras carnes, investiga sus relieves interiores con papilas agigantadas. Las concavidades reclaman soberanía mientras la epidermis global destierra la amnesia polimorfa. El goce filiforme cuenta historias de vibraciones salvajes. Con lengua trashumante, la deslenguada rumia rituales del devenir político.

En el decaer de esta escritura
En el borroneo de esas inscripciones
En el difuminar de estas leyendas
En las conversaciones de lesbianas que se muestran la marca de la liga,
En ese puño elástico,
Hay Cadáveres.

Néstor Perlongher
Cadáveres - Alambres

//

Absorta, la escritura de la deslenguada busca erosionar la cultura unidimensional. La modernidad sexo-colonial dibujó su geopolítica de la muerte sobre los cuerpos cimarrones. Cuando se le hurtan palabras al enemigo, el riesgo de aniquilación brilla sin tutelaje. Reptar entre las lenguas de los imperios es orillar la toponimia de las hermanas asesinadas. En la zona de contacto asoma una esquelética de la memoria. La mudez ensalivada encripta la piel. La proletaria cifra su sexo en la carne podrida. Voraz en la profundidad, experimenta la temporalidad sin cronos de la difunta. Su conexión es lengua inserta en los huesos, libando el polvo de un territorio incierto. El ritmo del jadeo público hace estallar el espanto de los convencionalismos. Con su mueca impropia, desbarata toda propiedad. En este mundo omnívoro, la plusvalía lingüística funda la sintaxis biopolítica. El gusto por la profanación articula palabras y sonidos inasibles. Batalla contra el férreo intento de disciplinar los modos de conducir la mirada. Pertinaz, el tacto lingual se empapa en una polisemia infinita. La deslenguada aprende que las herederas deseables son las que rompen con el origen. Su boca se perfora desde que se expone al temblor de una existencia que abdica de las seguridades y apuesta a la incertidumbre. Experimenta/o en las historias minúsculas que cada palabra es un reservorio de cadáveres.

Por la aldea y hasta el agua, se sentía el perfume de flores de los bosques. El único idioma era el de ahí. Había cincuenta lenguas por el mundo. Y sería bueno saberlas todas, mas sólo estaba la de ahí, y otra de un país limítrofe, pero remoto. Como un bello zurcido, un bordado sutil, se enmarañaban a ratos, en la conversación cotidiana, párrafos de ese país.

Marosa di Giorgio
Rosa Mística

//

Contra todo higienismo del lenguaje, la proletaria se contamina de los aires más turbulentos de la imaginación. Criaturas deformes, monstruos, sexualidades polimorfas, vegetación hilarante, fauna inaccesible, merodean en los escenarios de su lengua. Todos los líquidos oníricos perfuman el ambiente terrenal y atacan la mansedumbre del día. Un collage de figuraciones realza su vocación procaz. Desde un estanque exhibe su boca de oscuridad magnética. Cose en forma desmedida la vestimenta de las pájaras traviesas que revolotean sobre el sudor ignífugo de adiestrados alumnos urbanos. Como lombriz, se arrastra embebida por la frescura negra de la tierra. Su piel absorbe infinidad de sensaciones extrañas. En primavera, cabalga los frutos hasta alcanzar el zumo durante la frotación. Es aficionada a la succión subterránea para escribir un catálogo de espasmos afiebrados. Es una criminal del sentido común. Su poética inconclusa aborrece la pasividad perseverante. El andar estrepitoso altera las tardes famélicas de amor. Silba en un tono abigarrado, conectándose con los roedores de los jugos sexuales. La deslenguada es sierva de sus deseos, ama de los suburbios volátiles del placer. Moldea la carne con un frondoso herbario de flores venenosas para la moral blanca.

Podría publicar un diario dedicado, no a la conspiración del silencio, sino a la conspiración del habla.

Virginia Woolf
Tres guineas

//

La ley dicta los mandatos del habla en la misma operación que produce silencios. No hay naturaleza en la moral. La proletaria concurre a los mítines contra la censura, aventurándose en la duda y el desparpajo. Su impulso antisistémico la transforma en una pústula del cuerpo-mundo. Sin ceremonias de grandeza, ensaya prácticas contra las sujeciones. Mastica un pensamiento apolíneo contra las formas académicas que regulan la escritura. Con su habilidad de funámbula, huye de toda educación sedentaria. No hay pacto que se sostenga sin pleito en sombras. Se domestican las palabras para hacerlas decir lo conveniente. La deslenguada practica el arte de la inservidumbre voluntaria. No se somete a la doxa del sentido común pero rechaza formar parte de la aristocracia de la trasgresión. La indocilidad no es una casta de la luz infinita y salvadora. Es el lugar de una experiencia radical, la de la lengua que secciona sus propias extremidades hasta conocer el límite de lo tolerable.

Siempre sospeché que la ley, como la lengua, estaba loca o, en todo caso, que era el único lugar y la primera condición de la locura

Jaques Derrida
El monolingüismo del otro

//

Lengua de enajenada, de intraducible gorjeo fantasmático. El yo insuflado por la norma se resquebraja y salpica sus restos en los rostros de los otros, de las otras. El gesto grotesco es el signo de la posesión, ya no de la locura o la malignidad inventada por dios, sino de la sospecha de que esta razón es mortífera. No hay exorcismo disponible ni practicable. Las dentelladas de la proletaria auscultan el sonido misterioso de los sueños y las fantasías cercadas en modo hermético por la doctrina patrística. Lengua de polígrafa, traslada el sentido recto de las palabras hacia los insólitos códigos secretos de las hermanas. Reflejo de desdoblamiento, yo-ella, inversión ella-yo. Una metamorfosis que no se deja atrapar por la taxonomía del cambio. Su filiación es con el mundo enzimático del placer. Aspira al ocaso de las prácticas del orden que cristalizan la percepción. Privada del juicio de fijación, se vuelve susceptible al examen de las ondulaciones estéticas de los cuerpos. La norma anula la incertidumbre, la lengua proletaria la recoge, desfalleciente, y engendra su respiración grotesca. La deslenguada no tiene idioma. Sabe que está loca y no desestima ese poder.

==/ **val flores**

procedencia\

Deslenguada, Desbordes de una proletaria del lenguaje” se publicó por primera vez en la colección “conversaciones feministas” de Ediciones Ají de Pollo, en Buenos Aires (Argentina), año 2010

